

TERRUÑO, NACION, HUMANIDAD

El terruño es la patria del corazón. De todos los sentimientos humanos, ninguno es más natural que el amor por la aldea, el valle o la barriada en que vivimos los primeros años. El terruño habla a nuestros recuerdos más íntimos, estrecha nuestras emociones más hondas: un perfume, una perspectiva, un eco, despiertan un mundo en nuestra imaginación. Todo lo suyo lo sentimos nuestro en alguna medida; y nos parece, también, que de algún modo la pertenecemos, como la hoja a la rama.

El amor al terruño existe ya en el clan y en la tribu, soberano en el horizonte exiguo de las sociedades primitivas. Ligado al medio físico desde que el grupo se adhiere a la naturaleza, se arraiga en el hogar. La familia lo alimenta y la amistad lo honora; la simpatía lo extiende a todos los que viven en vecindad habitual. En el terruño se oyen las primeras voces maternas y se escuchan los consejos del padre; se forman las infamias de colegio y se sienten las inquietudes del primer amor; se tejen las juveniles ilusiones y se tropieza con inesperadas realidades, se adquieren las más hondas ciencias y se contraen las costumbres más propias. Nada en él nos es desconocido, ni nada produce desconfianza. Llamamos por su nombre a todas las cosas, nos llegan todos los bautismos, nos alligan todos los lutos. Por ello sentimos en el fondo de nuestro ser una solidaridad íntima con lo que pertenece a la aldea, al valle o la barriada en que transcurrió nuestra infancia.

Ningún concepto político determina este sentimiento natural. Es innecesario estimularlo con sugerencias educacionales, porque es anterior a la escuela misma; se ama al terruño ingenuamente, por instinto, con espontaneidad. Es amor vivido y viviente, compenetración del hombre con su medio. No tiene símbolos racionales, ni los necesita; su fuerza moral más honda, tiene raíces en el corazón.

El patriotismo ingenuo se limita al horizonte geográfico. Nadie ama espontáneamente regiones y hombres cuya existencia ignora. La vista y el oído marcan el confin de la experiencia primitiva; y todo lo que está más allá es ajeno, fabuloso, místico. Sacar a un hombre de su barriada, de su aldea, de su valle, de su montaña, es desterrarlo de la única patria sentida por su corazón. Todo el resto del mundo es igual para el hombre que no ha viajado; fuera del terruño puede exclamar con sinceridad que donde está el bien está la patria.

No se le ama porque se ha nacido en él, sino porque allí se ha formado su personalidad juvenil que deja hondos rastros en todo el curso de la vida.

Ese fiero afecto no está ligado al involuntario accidente del nacimiento, desde que a nadie se le pregunta antes dónde desearía nacer; germina en la experiencia, que estimula sensaciones e ideas, cariños y creencias. El tesoro de nuestros recuerdos iniciales está formado por impresiones del terruño; cada vez que el ánimo afectado busca refugio en la propia vida interior, revivimos las escenas

del hogar, de la escuela, de la calle, como si las remembranzas de la edad primera pudiesen aliviarnos en el andar accidentado de los años viriles.

La fuerza del sentimiento lugareño se comprende mejor a la distancia. Viajando lejos, muy lejos, en ciertas horas de meditación, llega a convertirse en esa angustia inefable que llamamos nostalgia.

Todo el que la ha sentido, sabe que no es del escape político, sino del terruño; nadie añora lugares ni personas que nunca ha conocido, ni podía curarse el ánimo nostálgico yendo a vivir en rincones ignotos del propio país.

A medida que se avanza en edad, los recuerdos del terruño se desvanecen olvidándose todo lo malo, aumentando todo lo bueno. Es común que los hombres, al morir, pidan que vuelvan sus huesos al lugar donde transcurrió su infancia, como si quisieran devolverle toda la savia con que alimentó su personalidad en la hora del amanecer.

El amor al terruño es un imperativo natural. Persiste cuando la experiencia dilata el horizonte geográfico, pero pierde en profundidad tanto como gana en superficie. En cierto grado del desarrollo social es imposible que cada terruño viva separado de los vecinos; poco a poco, los que tienen intereses comunes, creencias semejantes, lenguas afines, costumbres análogas, van formando sociedades regionales cada vez más solidarias. La educación sentimental permite abarcar en la amistad y en la simpatía a otros terruños, aunque siempre reservando para el propio los mejores latidos del corazón. Cuando el niño aprende a conocer los hombres y las cosas de su ciudad o de su región, relacionándolas con las de su barriada o de su aldea, el amor del terruño se ensancha. El sentimiento municipal o provincial es todavía un patriotismo en función del medio, elaborado sin sugerencias políticas. Su genealogía es sincera, brota sin cultivo, como una flor silvestre.

En fases de avanzada cultura, las ciudades o regiones tienden a asociarse en estados políticos, formando naciones; sólo en la medida de su afinidad de los pueblos pueden sentirse solidarios dentro de una unidad nacional. Pero individualmente, como representación de intereses e ideales colectivos, este patriotismo sólo es sentido conscientemente por muy pocos hombres superiores, capaces de reflexión histórica y de abstracción política.

En todo caso, la querencia sigue atrayendo al hombre como a los animales. Pujante y profundo como un imperativo, intransmutable, sobrevive en todos los hombres el amor al terruño, única y siempre viva patria del corazón.

José INGENIEROS.

Violada un años en L

A la madre de la víctima le fué al presunto violador se le

Por los siguientes despachos cu